

## CRÓNICA DE UN ATAQUE

Aunque tenía la certeza de que aquel jueves no sería el último día de mi vida. Podía intuir, desde muy adentro de mí, que sería no sólo otro día aciago, sino tremendo. Hoy estoy seguro que desde entonces mi existencia ya no será la misma.

En la noche anterior había arreciado el dolor profundo que sentía en los antebrazos desde el final de la tarde. No tenía explicación alguna para el mismo, quizás porque no se parecía a nada experimentado anteriormente. Me tomé un analgésico y me dispuse a dormir plácidamente.

Ahora en la mañana después de haber dormido en una agradable y fresca noche tropical, apenas me levanté y ejecuté automáticamente mis tareas personales rutinarias había vuelto el dolor. ¿Qué sería aquello que me dejó dormir y ahora reaparecía? Venía desde lo más profundo, pero caramba, no era un dolor de músculo, de tendones, ni de hueso.

Ya estoy listo para salir a trabajar al hospital de Maternidad donde he sido neonatólogo por más de 20 años. Entonces algo raro percibo allá en el interior de mi pecho, me siento y digo en voz alta: “Creo que hoy no iré a trabajar”. Al punto tropiezo con la mirada incrédula y retardada de mi hijo. Burlonamente me acota algo así como: “Seguramente que estarás muy grave”. Se pasó todo en segundos y me decido a continuar adelante para cumplir con las obligaciones programadas.

Camino hasta el estacionamiento, donde gracias a la gentileza de unos amigos, hace unos cuatro años duerme cada día mi automóvil Lada, pero voy preocupado, no lo puedo negar. Entro al hospital y comienzo a ver enfermos, una vez concluida la primera reunión obligatoria de cada día, nuestra llamada: Entrega de Guardia. Esta no es más que una suerte de recuento de todo lo acontecido el día anterior y un avance de algo de lo pendiente por suceder.

Son casi las diez de la mañana, hora en que vienen a buscarme para asistir a una institución bastante distante, allá por el polo científico de la ciudad. Lo de polo no se lo han puesto por gusto. Me dispongo a partir a la misma junto a dos de mis más próximos y queridos colegas. Una vez abordado el vehículo les cuento lo sucedido en mis últimas veinte horas de vida. Hay alarma en ellos y me piden cambiar el rumbo. Primero iremos al Instituto de Cardiología, del que nos separa menos de medio kilómetro y después al polo. Me niego y les propongo lo contrario, es el día de San Valentín del segundo año del tercer milenio de la Era Cristiana. Hoy no tengo pensado morirme, les dije convencido. Horas después dudaba de lo dicho.

De nuevo a la llegada, aquella molestia precordial nunca evidenciada antes. Comenzamos la reunión con el noble propósito que nos convocaba en la Dirección de Neurociencias. Había que elaborar un programa integral para la prevención del daño cerebral y sensorial en el niño menor de cinco años. Muchas ideas y enormes deseos de trabajar para lograr este muy humano objetivo.

Al llegar el mediodía, después de abordar el difícil tema del Autismo, nos invitan a almorzar. Todos aceptamos y nos disponemos muy gustosamente a caminar hacia el comedor, donde nos han dicho que en este día especial el almuerzo estaba muy bueno.

Nunca lo supe, porque después de caminar como ciento cincuenta metros, casi no podía seguir adelante. Me invade una sensación de muerte inminente, dolor en todo el pecho que se irradia ahora intensamente al brazo izquierdo, pero también en la parte alta y central de mi abdomen, al sitio en que llamamos anatómicamente el epigastro. Aparece una sudoración profusa y veo mis manos muy pálidas. Este cuadro clínico si lo reconozco bien, parece que estoy sufriendo de un infarto del miocardio. Por la cara de espanto de mis colaboradores y de los otros colegas cercanos en ese momento me doy cuenta que estoy aguda y

críticamente enfermo. Pero yo no quiero estarlo. Acabo de cumplir cincuenta y tres años, esto no estaba en mi “apretada agenda”.

“Vamos a trasladarlo a un hospital cercano” –dice una voz autorizada de esa institución a donde habíamos llegado unas dos horas antes, una de mis colegas y quizás mi más fiel amiga y colaboradora se opone rotundamente. Lo mejor sería llevarme al Instituto de Cardiología, adonde debimos haber ido antes de venir aquí, acota enfáticamente.

Yo había pedido sentarme al inicio de estos síntomas y después pedí recostarme, lo había hecho en el sofá de aquella oficina a la entrada del comedor y me sentía cada vez peor. Quiero pararme para ir caminado hacia el vehículo que me va a trasladar. Me lo impiden enérgicamente. Vienen muchas personas a condolerse ante lo que me sucede. Entre ellas veo a un hombre alto y muy atlético, como de un metro y noventa centímetros de estatura. Está preocupado porque me conoce y yo también lo conozco a él desde que nació. Es Pedrito, ahora le pegaría mejor llamarlo Pedrote. Fue mi paciente desde los primeros días de su vida. Yo que tantas veces lo cargué a él y ahora es él quien insiste en cargarme a mí, junto a su tío, que es el director. Lo hacen entonces y me llevan a sí en una silla, especie de palanquín. Hago una broma, recordando que sólo unos cinco meses atrás estuve en China y digo que me hacen sentir como el Último Emperador. Esto es exagerado, no merezco tanto esfuerzo, puedo caminar aunque sea lentamente. Me lo impiden categóricamente.

Dentro del auto “Van” que me traslada al centro conocido popularmente como “el cardiovascular” me he acomodado como mejor he podido. Pongo mi cabeza en el regazo de mi buena neonatóloga amiga. Unos instantes después me incorporo y le pido que me busque en el portafolios un rosario pequeño, en forma de un aro,

que tiene para su rezo la estructura de un solo misterio. Me acuerdo de la frase del Papa Juan Pablo II cuando iba a ser operado y antes de ser trasladado por toda Roma dijo a la Santísima Virgen: "Todo tuyo". Entonces lo repito y rezo. María del Carmen, así se llama mi amiga, siente miedo por la decisión tomada. Si me ocurría un paro cardíaco, como explicaría a mi esposa y a mis hijos que optó por trasladarme a un lugar distante si había cerca otro hospital, al que querían aquellos otros colegas llevarme para no demorar el inicio del necesario tratamiento. Permanezco sentado y quiero dar órdenes de por donde ir.

Una idea fija en mi mente, voy en brazos de María. Sigo rezando y empiezo a confiar. Me siento algo mejor y les pregunto si tengo mejor color, mis dos amigos me dicen que sí, pero su cara era de no. Llegamos a la puerta del hospital que hoy me ha parecido más distante. A partir de entonces todo sucedió providencialmente. Salía entonces el cardiólogo que trabaja en mi Maternidad (así la llamo porque la siento como tal) y regresa sobre sus pasos. Trae una silla de ruedas y me entra directamente a una camilla del Cuerpo de Guardia. Estaba temblando por el inmenso frío de ese lugar y porque sentía miedo. A mí no me gusta el frío y un psicólogo carmelita me había enseñado que el miedo paraliza. Así me sentía casi tieso y helado, pero temblaba sin poderme contener.

Pido ver el electrocardiograma pero no me lo enseñan. Esto me confirma la presunción diagnóstica, debe ser un infarto grande cuando no quieren que vea el trazado eléctrico de mi corazón. Me percato de lo serio de mi situación y pido, por favor, que me digan la verdad para poder cooperar mejor. En realidad necesitaba saberlo porque yo sabía a quien debía llamar: un sacerdote y un cardiólogo, ambos muy buenos amigos míos.

¿Me habría equivocado en mis cálculos y sería este el día de mi muerte? La duda me había hecho su presa. Tremenda incertidumbre, María del Carmen salió un momento y ahora entra con unos ojos que habían llorado. No sé parece que hay algo, pero no pueden definirlo bien, me dice, sin ningún convencimiento.

Entra el jefe de la sala de Cuidados Coronarios, también es mi amigo. Me dice con su cara seria de siempre que tengo un infarto, que parece pequeño, hay un pero... no saben cuál será su magnitud final. Hay dos opciones para mí: inyectar en vena un medicamento para disolver el coágulo o irme directamente al salón para pasarme un catéter al corazón, el cual entra por la arteria femoral. A este proceder le llaman Angioplastia coronaria de rescate porque cuando se hace en las primeras horas del infarto permite que no quede mucha huella. Opté por el segundo. Allí estaban dos eminentes cardiólogos intervencionistas, me animan, me aseguran que todo pasará y que saldré bien. Veo mi nombre escrito en la pantalla del televisor por el cual controlan todo el proceder, apenas puedo creerlo. Se han cambiado los papeles, apenas hace unas horas yo estaba del otro lado: enfrente de los enfermos graves, poniéndoles tratamiento. Ahora el grave era yo. ¡Qué distinto se siente todo este otro lado! Hace un gesto de triunfo con los brazos en alto uno de los dos cardiólogos, mientras yo rezaba y pedía a Dios que guiara su mano. Recordaba a Santa Teresa: ¡Sólo Dios basta! Y las palabras de Jesús: "No tengan miedo" pero que difícil era ahora no sentirlo. Seguía rezando una Salve a Nuestra Señora y una promesa de visitar los Santuarios de La Habana y del Cobre para darle gracias en esos lugares donde siempre que he estado he experimentado tan cercana la presencia de mi Madre del Cielo. Será que no por gusto me llamaron en mi bautismo Fernando de la Caridad, cuando en la Iglesia de las calles Salud y Manrique mi abuela llevó en 1950 a sus cuatro nietos para ser bautizados el mismo día, anticipándose en décadas a lo que hoy conozco como bautizos colectivos.

Concluido el proceder, ahora tengo un muellecito (en inglés le llaman stent) en una de mis arterias coronarias. Durante el proceder han llegado mi hija que también es neonatóloga y mi hijo, que estudia Medicina, ambos se ven angustiados y preocupados. Me trasladan a la Unidad de Cuidados Intensivos Coronarios. Me dicen los cardiólogos que viviré en total unos 104 años. ¿Por qué tantos, chico? Le contesté riéndome. Había estado sonriendo y rezando todo el tiempo, durante el proceder. Dice mi hija que no era mi risa espontánea de siempre. Es

difícil lograr una sonrisa mientras uno siente miedo. Soy amigo del enfermero que me traslada y ahora me atiende en esa sala. Para colmo de dichas, el cardiólogo que quedará encargado de la guardia allí fue un alumno mío. Hay decenas de personas en la puerta, les saludo desde mi cama, les hago seña con los pulgares hacia arriba, en signo de pedirles vida como hacían los gladiadores al César y mientras tanto canto mentalmente: "Tomado de la mano con Jesús yo voy." Al otro día llega mi esposa, que estaba en el extranjero y me despierta con un beso, hay ojos aguados. Pero su presencia me conforta y me hace sentir aún más confiado. Al amanecer de ese día, apenas transcurridas las primeras horas llegó el padre Juan (el de "Vida Cristiana") y me dio la Absolución, me confortó con hermosas palabras. La visita más importante la recibí esa misma tarde, un rato después que llegó mi esposa: Era Jesús Sacramento que venía en manos de una Sierva de María. Después de la visita del Señor y alimentado por su Cuerpo, ¿qué más necesitaba? Era el tercer día de la Cuaresma, esta vez la he vivido en una especie de "retiro" muy especial, quizás por todo esto me he sentido más cercano a Dios que en otros años y me he crecido en la Fe.

Han pasado más de dos meses de aquel "Día de los Enamorados" que jamás podré olvidar. Estoy en plena recuperación y el pronóstico es bueno. Hace dos días cumplí la primera parte de mi promesa. Me acerqué al altar de María de la Caridad en su Santuario habanero y después de agradecerle su intercesión ante Jesús, le he vuelto a pedir que me alcance su Gracia. Estoy decidido a modificar mi estilo de vida porque el estrés fue el puntillazo, que sumado a mis factores hereditarios ha sido el responsable de este prematuro ataque al corazón. Es un estado muy especial este llamado "De Gracia" y he narrado todo esto para dejar además constancia de mi gratitud al Señor de la Historia y a la Madre de todos los cubanos. A esa Madre que llamamos con toda justicia: De Alegría y Dolor. A esa Madre que siempre riega desde el cielo tanto Amor. Aquella a la que mi abuela me enseñó a venerar, respetar y sobre todo a amar. Ω